

¿De qué hablamos, cuando hablamos de capitalismo?

Josep Fontana

(Traducción de Jordi Domènech)

¿De qué hablamos, cuando hablamos de capitalismo? No está demasiado claro. Para empezar, son los mismos capitalistas quienes reniegan de esta denominación. El Departamento de Educación de Texas, que vela por el contenido de los libros de texto, en 2010 pidió que el término "capitalismo" fuera reemplazado por la expresión "sistema de libre empresa", porque consideraban que el "capitalismo" tenía connotaciones negativas. Y es habitualmente esa otra expresión la que utilizan hoy los defensores del capitalismo en Estados Unidos. Pero eso de "libre empresa", elegido como un disfraz para que el sistema parezca mejor, es en realidad una declaración de guerra. Lo ha dicho George Monbiot, que denuncia que una palabra tan prestigiosa como "libertad" se haya degradado hasta ser utilizada para "disculpar cada ataque a las vidas de los pobres, cada forma de desigualdad y de intrusión con que el 1 % de los más ricos nos oprime". En nombre de la libertad, añade, los bancos especularon hasta conducirnos al desastre, los ricos consiguen no pagar impuestos y las grandes industrias destruyen la biosfera. "Es la libertad de los poderosos para explotar a los débiles, la de los ricos para explotar a los pobres" [1].

Unas circunstancias especiales han permitido ver recientemente la aparición de las más feroces críticas al "capitalismo" expresadas por los miembros más reaccionarios de la política norteamericana. En los *caucus* celebrados en Estados Unidos para elegir al candidato republicano a las elecciones presidenciales del próximo mes de noviembre, los enemigos del candidato Mitt Romney, que se presentaba como alguien con experiencia en los negocios por su actuación en Bain Capital, realizaron una crítica feroz al capitalismo depredador que practica Bain, una empresa que compra compañías, las revitaliza inicialmente, extrae todos los beneficios posibles para los nuevos propietarios, y luego las abandona, a menudo en la ruina. Un ejemplo es el caso de Georgetown Steel, que Bain compró en 1993 por 24,5 millones, empezó por recortar 1.750 puestos de trabajo, y la reorganizó con el única finalidad de obtener beneficios a corto plazo, en una gestión que acabó en 2001 con la quiebra de la empresa, pero no antes de que los socios de Bain se embolsaran 58,4 millones de beneficios [2]. Los candidatos ultraconservadores Newt Gingrich y Rick Perry se dedicaron a señalar las diferencias que hay entre los buenos capitalistas que crean trabajo y los carroñeros que lo destruyen [3]. Romney se defendió, muy justamente, diciendo que estaban criticando la "libertad de empresa", y esa

línea de propaganda fue abandonada rápidamente [4]. No conviene estimular las dudas respecto del sistema, como demuestra una reciente encuesta entre jóvenes norteamericanos de 18 a 29 años, la cual dio el resultado de que un 49 % tenía una visión positiva del socialismo, contra un 43 % que lo veía negativamente [5].

Sin embargo, un rabino judío salió en auxilio del orden establecido, asegurando que la Biblia es favorable al capitalismo, como lo demuestra, entre otros argumentos, el décimo mandamiento, que al prohibir la envidia desautoriza la de quienes condenan las fortunas de los más ricos. Además, de la Biblia extrajo interpretaciones neoliberales, como la de que "el próspero reino de Salomón se arruinó cuando su hijo decidió aumentar los impuestos" [6].

Quizá sea aún más interesante, considerando su origen, la crítica al capitalismo de Jeremy Grantham, financiero que dirige un fondo de inversión que administra 97.000 millones de dólares, en una carta a los inversores de febrero de este año. Grantham afirma que "el capitalismo hace mil cosas mejor que otros sistemas, y que normalmente sólo falla en dos o tres", pero que "desafortunadamente para nosotros, uno solo de estos fallos puede enviar a pique al capitalismo y a nosotros con él". A lo cual añade que "el sistema capitalista actual tiene en Estados Unidos debilidades potencialmente fatales", que sólo podrían arreglarse con una política ilustrada que lo regulase, "lo cual es imposible que se produzca mientras no disminuya la influencia del gran capital en el Congreso, y muy especialmente en las elecciones".

Grantham reconoce, para empezar, que "el capitalismo en general carece de sentido ético y de conciencia", y que un sistema sostenible no puede basarse en un aumento constante del endeudamiento, ni en la tolerancia de que las empresas controlen a los gobiernos y saqueen los caudales públicos, y que se dediquen al crecimiento a cualquier coste, sin tener en cuenta la limitación de los recursos naturales, lo cual conduce al suicidio planetario. Admite que Marx tenía razón en su pronóstico de que la globalización y las compañías multinacionales aumentarían el poder del capital a expensas de los trabajadores. Y que la única forma de evitar "la visión apocalíptica de Marx" sería lograr de los gobiernos una política de moderación ilustrada del gran monstruo globalizado, antes de que el capitalismo se torne tan arrogante que provoque una severa reacción social [7].

Las palabras de Grantham revelan que vivimos unos momentos en que crece la insatisfacción con el capitalismo real que marca nuestras vidas, el cual no se parece demasiado al de la fábula idílica de los manuales, o al que todavía predicán quienes hoy hablan de una "economía social de mercado", al tiempo que nos describen la felicidad colectiva de la época en que Ludwig Erhard era ministro de Economía en la Alemania de Adenauer: un sistema que, nos aseguran, "garantiza la libertad y la igualdad de los individuos" [8], como puede verse en la Alemania actual, que ha creado los "minisalaris" de 400 euros al mes que hacen felices a millones de jóvenes, y donde el presidente de la República ha debido dimitir por corrupción.

Pero si el sistema no es bueno, lo que debemos preguntarnos es si actualmente hay alternativas para reemplazarlo. Yo diría que la actitud predominante actualmente es la de quienes piensan que, después de una experiencia fallida, por razones que sería necesario analizar con mayor profundidad, el socialismo deberá de ser reinventado, y que mientras tanto y para sobrevivir nos toca seguir tirando con el capitalismo, pero no resignarnos a la degradación que se ha producido desde los años 70 del pasado siglo, sino esforzándonos por someter al capitalismo otra vez a control.

En esta línea cabrían planteamientos como los de Robert Skidelsky y de su hijo, que denuncian que "el capitalismo es una espada de doble filo: por un lado ha hecho posible una gran mejora en las condiciones materiales; por otro, ha promovido algunas de las más despreciables características humanas, como la codicia, la envidia y la avaricia". Pero las propuestas de los Skidelsky respecto a cómo corregir los defectos del capitalismo no están demasiado claras. Se refieren a ello en un libro que lleva el título *¿Cuándo es suficiente? ¿Qué necesitamos para una vida buena?*, donde revisan la predicción que hizo Keynes en 1930 en un artículo titulado "Las posibilidades económicas para nuestros nietos", y en el cual preveía que el progreso tecnológico haría posible la reducción progresiva del trabajo necesario para satisfacer nuestras necesidades, de manera que por primera vez la humanidad debería de preocuparse en decidir cómo emplear el tiempo libre para vivir mejor, un objetivo que calculaba se plantearía hacia 2030. Los Skidelsky, que se preguntan por qué nos hemos dejado arrastrar por la codicia, la especulación y el consumismo en vez de optar por una vida buena, no acaban sin embargo de ofrecernos soluciones adecuadas para evitar los aspectos destructivos del sistema [9].

Tampoco están demasiado claras las propuestas de Gar Alperovitz, profesor de Economía de la Universidad de Maryland, en la nueva edición de su libro *America beyond capitalism*. Alperovitz dibuja un cuadro explicativo de la evolución de la economía mundial en el siglo XX, y sostiene que las grandes recesiones económicas se resolvieron como consecuencia de los aumentos en el gasto público forzados por las dos guerras mundiales y por las de la época de la "guerra fría" (Corea, Vietnam, etc.). Pero que ahora ya no puede haber más guerras globales porque las armas nucleares las hacen imposibles, y que las reformas keynesianas son inviables debido a la creciente debilidad del movimiento obrero (la sindicación en Estados Unidos ha caído de un 35 % a sólo un 6 % del conjunto de los trabajadores). La solución le parece que reside en el crecimiento de nuevas formas de propiedad colectiva de tipo cooperativo. Según Alperovitz, en Estados Unidos hay 130 millones de personas implicadas en cooperativas y asociaciones de crédito, lo que significaría en torno al 40 % de la sociedad. Además, hay 13 millones que trabajan en empresas de propiedad obrera. Y existen muchas otras formas de organizaciones similares; por ejemplo, el 25 % de toda la electricidad norteamericana es producida por cooperativas y sociedades municipales [10].

Al generalizar sus argumentos, Alperovitz cita, como era inevitable, el caso Mondragón. Pero el modelo Mondragón hace más de medio siglo que se inició en España, y no veo que nos haya ayudado a transformar una situación que finalmente nos ha llevado al desastre en que ahora nos encontramos. ¿Cuántos siglos se necesitan para que dicho modelo sea eficaz?

El problema fundamental es, seguramente, que los defectos del capitalismo son de naturaleza política, y que sólo desde una acción política pueden contenerse y corregirse. Permitidme que lo plantee en líneas generales.

Sostengo la teoría, creo que bastante razonable, de que desde los tiempos de la Revolución francesa las sociedades capitalistas avanzadas han vivido en una cultura de pactos y concesiones, generalmente a través de la mediación de los sindicatos, con el propósito de proporcionar alguna satisfacción a las demandas de los de abajo a fin de evitar una auténtica revolución que trastocara las cosas en el terreno económico, tal como la Revolución francesa las trastocó en el político, acabando con la monarquía absoluta y el feudalismo. Por decirlo de una manera sencilla: desde la Revolución francesa hasta en torno 1970, las clases dominantes de nuestra sociedad vivieron atemorizadas por fantasmas que les perturbaron el sueño, haciéndoles temer que podían perderlo todo a manos de un enemigo social: primero fueron los jacobinos, luego los carbonarios y los masones, más adelante los anarquistas y finalmente los comunistas. Eran amenazas fantasmales, de revoluciones imposibles; pero el miedo era auténtico.

Pondré un ejemplo clarificador: en 1890, cuando iba a celebrarse por primera vez en Barcelona la fiesta del Primero de Mayo, los burgueses catalanes estaban aterrorizados. Joan Maragall lo explicó así en una carta a un amigo: los días anteriores "parecía que tuviera que llegar el fin del mundo; unos compraban 20 o 30 panes, varias arrobas de patatas, bacalao y otras porquerías; otros reforzaban las puertas y compraban armas, y otros huían sin saber dónde; otros para animarse iban a ver la llegada de las tropas, y cuando habían contado muchos soldados, muchos caballos y sobre todo muchos cañones, ¡ah!, aquello era otra cosa, y ya temían menos al 'trabajador', el bárbaro de nuestra época, el que desea trastocar el orden social, el que coloca petardos y blasfema, y mira de reojo al 'señor', el que desea disfrutar de lo que nosotros disfrutamos... Que lo fusilen, que lo trinchen, que lo zurzan". Puede que nos parezca absurdo, pero lo cierto es que aquellos burgueses temían que lo que finalmente se limitó a una manifestación pacífica en reivindicación de la jornada de trabajo de ocho horas, podía acabar trastornando la sociedad.

Este clima de temor es lo que favorecía que se llegara a pactos entre los sindicatos y los gobiernos. Nouriel Roubini ha escrito: "Incluso antes de la Gran Depresión, las clases burguesas ilustradas de Europa reconocían que, para evitar revoluciones, había que proteger los derechos de los trabajadores, mejorar los salarios y las condiciones de trabajo, y crear un Estado del bienestar para redistribuir la riqueza y financiar bienes sociales

[...]. El ascenso del Estado del bienestar fue, por lo tanto, una respuesta [...] al temor a las revoluciones populares, al socialismo y al comunismo" [11].

En un artículo en *La Vanguardia* sobre la situación actual de Italia, podía leerse hace unos meses: "los beneficios sociales fueron fruto de un pacto político durante la guerra fría" [12]. Una afirmación que significa el reconocimiento de que nos estafaron conscientemente, asegurándonos que el sistema nos garantizaba un futuro indefinido de mejora de los derechos sociales y de prosperidad compartida, cuando sólo se trataba de un engaño para desarmar a los disidentes mientras eliminaban cualquier peligro de subversión. ¿Qué pasaría, pues, cuando se acabara la guerra fría?

Lo que ocurrió —no en Italia, sino en el mundo— fue que los temores de dos siglos de pánicos nocturnos se acabaron en la década de los 70 del siglo pasado. Cada vez era más claro que ni los comunistas estaban para hacer revoluciones (en 1968 se desentendieron de la de París y aplastaron la de Praga), ni tenían la fuerza necesaria para imponerse en el escenario de la guerra fría. Fue a partir de entonces cuando, habiendo perdido el miedo a la revolución, los burgueses decidieron que no necesitaban seguir haciendo concesiones.

Examinemos esta cuestión más de cerca. El período de 1945 a 1975 fue en el conjunto de los países desarrollados una etapa en que un reparto más equitativo de los ingresos había permitido mejorar la suerte de la mayoría. Los salarios crecieron al mismo ritmo que aumentaba la productividad y con ellos crecía la demanda de bienes de consumo por parte de los trabajadores, lo cual comportaba a su vez un aumento de la producción. Es lo que Robert Reich describe como el acuerdo tácito por el cual "los patronos pagaban a sus trabajadores lo suficiente para que éstos compraran lo que sus patronos vendían" [13]. El sistema ha podido ser definido como "una democracia de clase media" que implicaba "un contrato social no escrito entre el trabajo, los negocios y el gobierno, entre las élites y las masas", que garantizaba un reparto equitativo de los aumentos de la riqueza [14].

Esta tendencia se invirtió en los años 70, después de la crisis del petróleo, que sirvió de pretexto para iniciar el cambio [15]. La primera consecuencia de la crisis económica fue que la producción industrial del mundo disminuyó un 10 % y millones de trabajadores quedaron en el paro, tanto en Europa occidental como en Estados Unidos. Por todo ello, estos fueron años de conmoción social, con los sindicatos movilizados en Europa en defensa de los intereses de los trabajadores, lo cual les permitió retrasar unas décadas los cambios que se estaban produciendo en Estados Unidos y Gran Bretaña, donde los empresarios, bajo el amparo de Ronald Reagan y de la señora Thatcher, decidieron que había llegado el momento de iniciar una política de lucha contra los sindicatos, de desmantelamiento del Estado del bienestar y de liberalización de la actividad empresarial.

La lucha contra los sindicatos se completó con toda una serie de acuerdos de libertad de comercio que permitieron la deslocalización de la producción industrial a otros países, donde los salarios eran más bajos y los controles sindicales más débiles, e importar de estos países lo producido, con lo cual los empresarios no sólo realizaban más beneficios, abaratando los costes de producción, sino que debilitaban la capacidad de los trabajadores de su propio país para luchar por la mejora de las condiciones de trabajo y de su remuneración: entre 1976 y 2007 los salarios reales en Estados Unidos descendieron un 7 %, y han seguido disminuyendo después de la crisis [16].

Así dio comienzo lo que Paul Krugman denomina "la gran divergencia" [17], el proceso por el cual se produjo un enriquecimiento considerable del 1 % de los más ricos y el empobrecimiento de la mayor parte de los demás, que sigue en plena vigencia actualmente. En Estados Unidos, donde disponemos de mediciones que nos permiten seguir con detalle este proceso, podemos ver que en vísperas de la crisis de 2008 este 1 % recibía el 53 % de todos los ingresos (es decir, más que el 99 % restante) [18]. Según el *Factbook* de la CIA, Estados Unidos es hoy una sociedad más desigual que Pakistán, Etiopía o Kazajistán.

En los últimos años la crisis ha agudizado la conciencia de este aumento de la desigualdad social. En mayo de 2011, Joseph Stiglitz publicó un artículo titulado "Del 1 %, por el 1 %, para el 1 %", donde afirmaba: "Los norteamericanos contemplan cómo se producen protestas contra regímenes opresores que concentran una gran masa de riqueza en las manos de una élite de unos pocos. Pero en nuestra democracia un 1 % de la población se lleva prácticamente una cuarta parte de los ingresos de la nación" [19].

El del 1 % ha sido el lema principal de las protestas, con movimientos como "Ocupemos Wall Street", de otoño de 2011. Pero aprovechando las investigaciones de la Oficina de Presupuesto, Krugman realiza un análisis todavía más preciso: por lo menos dos tercios de la mejora en los ingresos van a parar en realidad al 0,1 % (el 1 por mil más rico de los norteamericanos). "¿Qué hay en ese 0,1 %? ¿Son heroicos emprendedores que crean puestos de trabajo? No, la mayor parte son dirigentes de compañías [...] u obtienen el dinero en las finanzas. Es decir, Wall Street definido en un sentido amplio" [20].

Los resultados a largo plazo de la gran divergencia, que se inició en Estados Unidos y en el Reino Unido y después se extendió a Europa, transformaron profundamente nuestras sociedades. Las consecuencias de una inmensa redistribución de la riqueza hacia arriba, no sólo se han manifestado en el empobrecimiento relativo de los trabajadores y de las clases medias, sino que han proporcionado a los empresarios, y muy especialmente a los de la banca y las finanzas, una influencia política con la cual les resulta cada vez más fácil fijar las reglas que les permitan consolidar su poder [21].

Esta redistribución hacia arriba no es el resultado natural del funcionamiento del mercado, sino el de una acción deliberada. Su origen es netamente político. El primer progra-

ma político e intelectual que inspiró este movimiento fue formulado en Estados Unidos en agosto de 1971 por Lewis Powell, en un *Memorandum confidencial. Ataque al sistema norteamericano de libre empresa*, escrito para la United States Chamber of Commerce, que se encargó de que circulara entre sus asociados.

El *Memorandum* incluye una primera parte sobre la amenaza que representaban los "estudiantes universitarios, los profesores, el mundo de los medios de comunicación, los intelectuales y las revistas literarias, los artistas y los científicos", y propone planes de ataque para limpiar las universidades y vigilar los libros de texto. Pero la parte más trascendental es donde Powell advierte que no hay que "despreciar la acción política, mientras esperamos el cambio gradual en la opinión pública que hay que lograr por medio de la educación y la información. El mundo de los negocios ha de aprender la lección que hace tiempo aprendieron los sindicatos y otros grupos de intereses. La lección de que es necesario el poder político; que este poder ha de ser cultivado asiduamente, y que, cuando sea necesario, ha de utilizarse agresivamente y con determinación".

Esta llamada a la lucha política tuvo unos efectos inmediatos, protagonizada por asociaciones empresariales, y sobre todo por la United States Chamber of Commerce, que pretende hoy día ser "la mayor federación empresarial del mundo, en representación de los intereses de más de tres millones de empresas". Estas asociaciones no sólo emprendieron grandes campañas de propaganda, sino que acentuaron su participación en la lucha electoral por medio de los Comités de Acción Política, una actividad que ha aumentado considerablemente después de la decisión *Citizens United* de 2009, que liberalizó las inversiones de las empresas en la política en nombre del derecho a la libre expresión. Estos recursos explican, por ejemplo, que la United States Chamber of Commerce invirtiera más en las elecciones norteamericanas en 2010 que los comités de ambos partidos, demócrata y republicano, conjuntamente.

Por otra parte, la ofensiva empresarial no se limita a buscar ventajas temporales, sino que aspira a una transformación permanente del sistema político. Ello se manifiesta, en el caso de Estados Unidos, en las campañas para dificultar el acceso al voto de amplias capas de la población que los republicanos consideran poco afines a sus principios: ancianos, minorías étnicas, pobres... [22]. Hasta qué punto la situación es grave lo muestra un artículo que Elizabeth Drew publicó hace unas semanas en *New York Review of Books* con el título "¿Son posibles unas elecciones democráticas?", en el cual, refiriéndose a los condicionamientos que se presentan de cara a las elecciones presidenciales norteamericanas del próximo noviembre, con los impedimentos que se han puesto en muchos estados al voto de los pobres y de las minorías, y al papel fundamental que están desempeñando las inversiones multimillonarias de las empresas en la publicidad electoral, la autora se pregunta: "Unas elecciones que están siendo sometidas a tantas distorsiones interesadas, ¿pueden ser aceptadas por el público como si se hubieran producido de una manera correcta? ¿Y qué ocurrirá si no es así?" [23].

Carece de sentido, sin embargo, que nos extengamos mostrando cómo la política norteamericana ha llegado a ser un objeto de compraventa. En nuestro país las cosas se hallan todavía en niveles más primarios. Aquí la influencia decisiva sobre los votantes es la que ejercen los grandes medios creadores de opinión —periódicos, radio y televisión—, que están en su inmensa mayor parte en manos de la empresa privada, y condicionados no sólo por los intereses de sus propietarios, sino por los de los grandes anunciantes, sin los cuales no podrían sobrevivir. El principal resultado de este hecho es definir y limitar el campo de nuestras opciones políticas. Aquí y ahora, por ejemplo, democracia significa que cuando nos toque votar, tenemos la libertad de elegir entre Rajoy o Rubalcaba. Cualquier otra alternativa es tirar el voto por la alcantarilla.

¿Qué ha logrado la clase empresarial con este asalto al poder? En julio de 2011, Michael Cembalest, jefe de inversiones de JPMorgan Chase, en una carta dirigida sólo a sus clientes y conocida gracias a que fue revelada por un periodista, escribía que "los márgenes de beneficio han alcanzado niveles que no se han visto desde hace décadas", y que "las reducciones de salarios y prestaciones explican la mayor parte de esta mejora". "Actualmente, la compensación por el trabajo en Estados Unidos se halla en su mínimo en 50 años en relación tanto con las cifras de ventas de las empresas como con el PIB de Estados Unidos" [24]. Una observación correcta, pues el aumento de las horas de trabajo en condiciones de congelación o restricción salarial, se calcula que en 2009-2010 llevó a un aumento de la productividad del 2,5 %.

Otro beneficio ha sido la reducción de la contribución de las empresas al Estado. El creciente peso político de las empresas ha conducido a la paradójica situación de que éstas escapen a la fiscalidad por el doble juego de negociar recortes de impuestos y disponer de libertad para aflorar sus beneficios en las filiales localizadas en paraísos fiscales. Un reciente estudio concluye que el conjunto de las 280 mayores empresas de Estados Unidos no ha pagado en los últimos tres años más que un 18,5 % de impuestos —en vez del 35 % fijado por la ley—, pero que una parte de éstas ha pagado menos del 10 %, y 30 de ellas, entre las cuales se hallan las más grandes, no han pagado nada en tres años. Como afirma Stiglitz: "Los ricos están utilizando su dinero para asegurarse medidas fiscales que les permitan hacerse aún más ricos. En lugar de invertir en tecnología o investigación, obtienen mayores rendimientos invirtiendo en Washington." Por eso parece una broma que ahora Obama proponga rebajar el tipo del impuesto a las empresas del 35 % en que está fijado legalmente, al 28 %, y al 25 % a las industriales [25].

Hay una tercera característica de estos beneficios que es la desregulación de las leyes que controlan algunos aspectos de la actividad empresarial. Lo que en el sector industrial permitió reducir o eliminar completamente los costes relacionados con la contaminación, en el sector financiero tuvo unas consecuencias que condujeron directamente a la crisis de 2008.

Los economistas habían llegado a la convicción de que eran capaces de formular modelos que les permitirían dominar el riesgo en las operaciones especulativas. Así se llegó a la elaboración de la fórmula Black-Scholes, por la cual Myron Scholes y Robert Merton obtuvieron el premio Nobel de Economía en 1997. Un premio que parecía justificado, ya que Scholes y Merton dirigían un fondo especulativo, el Long-Term Capital Management, que durante cuatro años obtuvo unas ganancias fabulosas, hasta cuadruplicar su capital. Pero al año siguiente, en verano de 1998, la quiebra de la deuda rusa les provocó la pérdida de 4.500 millones de dólares en pocos meses, y fue necesario organizar un rescate pagado en buena parte por las grandes empresas de Wall Street, para evitar que se produjera el pánico en el sistema financiero [26].

Este primer encontronazo no sirvió, sin embargo, para cambiar las cosas, sino que gracias a la liberalización de los controles de la actividad que culminó durante la presidencia de Clinton, las entidades financieras pudieron lanzarse a un juego especulativo con derivados y otros productos de alto riesgo, mientras los dirigentes de la Reserva Federal estimulaban el optimismo de los especuladores rebajando los tipos de interés, y animando a la gente a que gastara, comprara casas con créditos hipotecarios e invirtiera en operaciones de riesgo, por lo general tan complicadas que era imposible que quien no fuese un experto pudiera entender en qué consistían, pero que Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, afirmaba que distribuían el riesgo por toda la economía de manera que ello las convertía en más seguras.

Cuando llegó la crisis a Estados Unidos, que no fue a causa del endeudamiento público sino del de las empresas financieras y de las familias durante estos años de especulación, el Estado se apresuró a salvar las empresas con rescates multimillonarios; pero no se hizo ningún esfuerzo similar para ayudar a los ciudadanos que perdían sus casas, incapaces de seguir pagando las hipotecas, ni para asegurar estímulos a las actividades productivas para combatir el paro. Lejos de ello, para justificar los sacrificios que se impusieron a la mayoría, lo que hicieron fue difundir la fábula según la cual la culpa de la crisis económica era del excesivo coste de los gastos sociales del Estado, y que la solución residía en aplicar una brutal política de austeridad, con objeto de lograr la eliminación del déficit presupuestario.

La historia se repitió a continuación en Europa, y en concreto en España: especulación, crisis, rescate de la banca (y en nuestro caso de las cajas de ahorros), empobrecimiento de los trabajadores y de las capas medias, y la misma fábula que sostiene que la culpa es del despilfarro en escuelas y hospitales, de manera que nos toca pagar los excesos.

Pero no es cierto. Sí lo es el que el gasto público ha estado mal dirigido y ha resultado escasamente productivo, pero no ha sido la deuda pública, como se nos quiere hacer creer, la causa de la crisis en los países del sur de Europa. Un análisis de las cifras de las últimas décadas muestra que los déficit y deuda de los gobiernos se situaban en mínimos históricos en 2008, al comienzo de la crisis; el problema fue causado por los au-

mentos incontrolados de deuda privada que asumieron los Estados. Krugman muestra que la relación entre la deuda pública y el PIB de estos países mejoró —es decir, disminuyó— hasta 2007. "Lo que tenemos actualmente —concluye— es el resultado de la crisis, no de un exceso de gasto público anterior a ella" [27]. En el mismo sentido se expresa Steve Keen, el economista australiano que fue uno de los pocos que predijo y anunció la crisis de 2008, el cual ha calificado como "una insensata fantasía" que se pretenda culpar de la crisis a la deuda pública, cuando fue debida sobre todo a una burbuja de deuda privada que acabó estallando [28].

Sin embargo, lo importante no es establecer quién tiene la culpa de la crisis, sino encontrar la manera de salir de ella, y está bastante claro que la solución no es la austeridad, como lo demuestra cualquier revisión que se haga del pasado. Richard Koo, economista jefe del Nomura Research Institute de Tokio, que ha analizado comparativamente la crisis económica de los años 30, las décadas perdidas de Japón y la crisis actual en Estados Unidos y en la "eurozona", afirma que actuar reduciendo el gasto público en una economía que ahorra pero no invierte, no consigue sino agravar la situación [29]. Cuando pasó por España, en noviembre de 2011, Koo recordó que la crisis, que había empezado en el sector inmobiliario norteamericano, sigue siendo una crisis bancaria, que ha acabado por contagiar la economía y las cuentas públicas, y pensar que estos problemas se resuelven "con una sobredosis de ajustes" y con reformas constitucionales "es un disparate" [30].

La teoría legitimadora de la austeridad sostiene que los efectos negativos de los salvajes recortes quedarán compensados por un cambio en la "confianza" que llevará a un nuevo crecimiento del gasto de los consumidores y de los negocios, lo cual reactivará la economía. Pero lo que ha ocurrido es lo que "todas las lecciones de la historia deberían de habernos enseñado que pasaría": la "confianza" no se ha presentado y, lejos de aumentar, el gasto del sector privado ha caído [31].

"La austeridad fiscal ha agravado la situación económica en todos los casos en que se ha puesto en práctica", afirma Krugman, que está a punto de publicar un libro titulado *¡Acabad ya con esta crisis!* [32]. A lo cual añade: "Fijaos en Grecia, España e Irlanda, que adoptaron una severa política de austeridad. En cada caso aumentó el paro, porque los recortes del gobierno afectaron sobre todo a los productores del país. Y en cada caso la reducción del déficit presupuestario fue mucho menor de la esperada, porque los ingresos vía impuestos cayeron como consecuencia del colapso de la producción y de la ocupación" [33].

Hace poco acabamos de ver en Cataluña cómo el consejero de Economía ha declarado que, como la ralentización de la economía ha provocado un descenso en la recaudación de impuestos por debajo de lo previsto, deberán llevarse a cabo más recortes. Con los cuales habrá más parados, menos producción, menos impuestos y seguiremos recortando hasta que no quede nada por recortar.

No cabe esperar que se recupere el crecimiento económico con una política como la que se ha impuesto a Grecia, que tiene además unas durísimas consecuencias sociales: aumento de los suicidios y del crimen, y unos hospitales donde faltan medicamentos esenciales, incluyendo las vacunas, lo cual hace temer que reaparezcan enfermedades como la poliomielitis o la difteria [34]. Esta empieza a ser también la situación en España. Echad una ojeada al informe para 2012 de la Fundación FOESSA —la de Cáritas, no confundir con FAES— y veréis cómo crece la pobreza en nuestro país.

Es una nueva pobreza, distinta a aquella a la que estábamos acostumbrados. He aquí un texto de Josep Martí Gómez, que nos muestra lo que él denomina "la foto" de la sociedad catalana actual:

Están los que duermen en la calle. Es la fotografía más visible junto a las colas en las oficinas de empleo. Hasta hace poco dormían en la calle hombres adultos, solteros, alcohólicos y con bajo nivel cultural. Ahora hay separados, gente joven con problemas de drogas, mujeres que han sufrido malos tratos, enfermos mentales y profesionales con nivel educativo. Y en la foto están propietarios de pequeños comercios haciendo cola en comedores de caridad tras cerrar sus modestas tiendas en barrios cada día con calles más tristes ante tanto cierre, porque una tienda de toda la vida forma parte del paisaje comercial y humano de un barrio. Y en la foto de grupo de la crisis están los niños. Uno de cada cuatro niños catalanes vive hoy en la pobreza. Y en Cáritas explican que muchas familias viven de las pensiones de los ancianos e incluso hay quienes les esquilman los ahorros que hicieron con sacrificios. Y están los jóvenes ex tutelados que al salir a la calle a los 18 años se encuentran sin trabajo y sin un mundo afectivo que les acoja. Y autónomos que piden comida para la familia en centros parroquiales. Esas fotos de grupo, millones de personas afectadas por el deterioro vital de sus vidas, son la fotocopia de Eurostat revelando un aumento de la desigualdad que se traduce en el dato de que en España los ricos se están haciendo más ricos y los pobres más pobres en mayor proporción que la media de la Unión Europea.

Porque esta es la parte que no hay que olvidar. La crisis no comporta un desastre general, sino que acumula beneficios en un extremo y reparte los costes entre la gran mayoría. Dos noticias publicadas en la prensa norteamericana los días en torno a las Navidades pasadas, ilustran las dos caras del futuro. Señalaban, por una parte, que la remuneración de los máximos dirigentes de las 500 mayores empresas aumentó un 36,5 % en 2010 [35], y por otra, que al mismo tiempo aumentaron en 1.600.000 los niños norteamericanos sin techo, lo que significaba un crecimiento del 38 % respecto de 2007 [36].

Los componentes de este 1 %, integrado por empresarios y rentistas, son conscientes de que el aumento de la desigualdad es nefasto para el crecimiento económico, en términos generales. Un memorándum de la Reserva Federal norteamericana del 4 de enero pasado, recuerda que el 70 % de la economía nacional depende del gasto de los consumidores, y que la recuperación no será posible si no aumenta la capacidad de gasto de la clase media [37]. Este planteamiento respecto del interés global no afecta, sin embar-

go, a los intereses inmediatos de los más ricos, pues la disminución global del crecimiento no implica una reducción de las ganancias en sectores clave, como la banca y las finanzas, que siguen aumentando sus beneficios. Y además se están adaptando a la nueva situación, con la esperanza de obtener cada vez más beneficios.

Ganan más, y a contracorriente del destino común, consumen más. *The Economist* del 15 de octubre pasado informaba que las empresas de bienes de lujo (o como se las denomina en el negocio, de "bienes para individuos de extremo valor", que *The Economist* nos aclara que son aquellos para los cuales "una bolsa de viaje de 8.000 dólares es una ganga") están creciendo de manera espectacular. Una noticia publicada en la prensa española, por ejemplo, señala que mientras la matriculación de automóviles disminuyó en conjunto en España en 2011, los coches de lujo fueron una excepción, pues han aumentado un 83,1 % [38].

No hablamos sólo de cambios en el nivel de vida que responden a las circunstancias temporales de una crisis, y que cabe esperar que desaparezcan cuando ésta acabe. Hablamos de cambios permanentes en las reglas de juego social, destinados a persistir. En nuestro país esto significa, por ejemplo: reforma laboral, limitación del derecho de huelga, ataques a los sindicatos, privatización progresiva de la sanidad pública, desmantelamiento de la enseñanza pública... Y no se trata sólo de la culpa de unos políticos reaccionarios. La amenaza a la democracia tiene sus fundamentos en el control de los políticos por parte de la oligarquía financiera.

En diciembre pasado, Robert Fisk comparaba las revueltas árabes y las protestas de los jóvenes europeos y norteamericanos en un artículo titulado "Los banqueros son los dictadores de Occidente" [39], donde decía: "Los bancos y las agencias de calificación se han convertido en los dictadores de Occidente. De la misma manera que los Mubarak y Ben Ali creían —y aún creen— ser los propietarios de sus países. Las elecciones que les entregan el poder —por medio de la cobardía y la complicidad de los gobiernos— han acabado por ser tan falsas como las que los árabes se veían obligados a repetir, década tras década, para bendecir a los propietarios de su propia riqueza nacional."

Quizá parezca que esto no es más que un exabrupto, aunque proceda de una voz respetable y respetada; pero lo mismo ha dicho un economista como Michael Hudson, profesor de Economía de la Universidad de Missouri, que fue analista y asesor en Wall Street, en un texto titulado "La transición de Europa de la socialdemocracia a la oligarquía", que nos ilustra sobre las bases políticas de un proceso que ha entregado a banqueros e inversores la oportunidad de apoderarse del control de la política fiscal, a fin de desviar sobre el trabajo la carga de los impuestos y desmantelar los gastos sociales. Y concluye que la especie de guerra que ahora se está extendiendo por Europa tiene objetivos que van más allá de la economía, ya que conduce hacia una nueva era en que una oligarquía financiera reemplaza a los gobiernos democráticos y somete a las poblaciones a la servidumbre por deudas. Y concluye que lo que hay es "un golpe de Estado oligárquico en

que los impuestos, y la planificación y el control de los presupuestos, están pasando a manos de ejecutivos nombrados por el cártel internacional de los banqueros" [40].

Permitidme que acabe con unas palabras que extraigo del escrito de un economista australiano, Geoff Harcourt, que lleva el título "Una ferviente oración por los condenados de la Tierra para 2012 y más allá" [41]:

El mundo capitalista se halla en un estado de crisis, inestable y casi fuera de control. La teoría ortodoxa en que se basan las políticas lunáticas que se aplican tiene escasa conexión con el mundo real que se supone han de interpretar y explicar. El malestar social, los prejuicios, el racismo, el egoísmo, la falta de compasión, las fuerzas anárquicas, o todavía peores, se han desatado [...]. ¿Qué pueden hacer las personas de buena voluntad y de actitudes humanitarias frente a esto? En primer lugar, necesitamos crear nuevas y adecuadas teorías que iluminen y expliquen nuestro mundo, que reconozcan al capitalismo desbocado como lo que es, un poderoso órgano de producción y acumulación, pero básicamente irracional y cruel para los menos capaces de protegerse, que genera endógenamente desigualdad e injusticia. Por ello, en segundo lugar, necesitamos volcarnos en la tarea de recuperar el pleno empleo y una distribución más igualitaria y equitativa de los ingresos y de la riqueza. Necesitamos también crear infraestructuras más verdes para enfrentarnos a la realidad del cambio climático y del calentamiento global, y diseñar instituciones que minimicen el impacto de las operaciones de riesgo inducidas por la codicia [...], a fin de superar los efectos de la especulación a corto plazo, y sacar otra vez al descubierto las posibilidades del desarrollo a largo plazo [...]. De esta manera la actual locura de autodestrucción quizá no pueda ser enteramente domesticada, pero por lo menos podremos mantenerla bajo un razonable control. Que sea ésta nuestra esperanza para 2012.

Reconozco que la propuesta de Harcourt es muy moderada, y que a algunos nos gustaría aspirar a cambios más profundos. Pero estamos en una situación tal de impotencia, que por algún lado habrá que empezar. Lo que no es admisible es la resignación.

Notas

[1] George Monbiot, "This bastardised libertarianism makes 'freedom' an instrument of opresión", *The Guardian*, 20 diciembre 2011.

[2] David Wren, "Romney's Bain made millions as S.C. steelmaker went bankrupt", *McClatchy*, 14 enero 2012.

[3] "Gingrich toughens up on Romney's record", *Foxnews*, 9 enero 2012; E. J. Dionne, Jr., "Mitt Romney and our overdue debate about capitalism", *Washington Post*, 12 enero 2012; Nicholas

Confessore y Jim Rutenberg, "PACs' aid allows Romney's rivals to extend race", *New York Times*, 12 enero 2012.

[4] Thomas Beaumont, "Bain defends Bain work, Obama team joins attack", *Boston Globe* (Boston.com), 13 enero 2012; "Nain or blessing?", *The Economist*, 28 enero 2012, pp. 61-62.

[5] Alexander Eichler, "Young people more likely to favor socialism than capitalism: Pew", *Huffington Post*, 31 diciembre 2011.

[6] Catherine Rampell, "What else does the Bible teach about capitalism?", *New York Times*, 2 febrero 2012.

[7] Al Lewis, "Grantham wonders if Marx was right after all", *MarketWatch*, 29 febrero 2012. El artículo contiene un enlace que permite acceder al texto completo de la *GMO Quarterly Letter* de Grantham.

[8] Carles Boix, "Capitalisme d'estat", *Ara*, 14 febrero 2012, p. 20.

[9] Robert y Edward Skidelsky, *How much is enough?* (en prensa).

[10] Sobre ello puede seguirse la conversación entre Richard D. Wolff, profesor emérito de Economía en la Universidad de Massachussets - Amhrestm, y Gar Alperovitz en "Economic alternatives to capitalism", *Truthout*, 21 febrero 2012.

[11] Nouriel Roubini, "After the storm: the instability of inequality", *Project Syndicate*, 15 octubre 2011.

[12] Eusebio Val (corresponsal en Roma), "Itàlia, l'última trinxera de l'euro", *La Vanguardia*, 30 octubre 2011, "Diners", pp. 2-3.

[13] Robert Reich, "Honest work for honest pay? Not in America, not anymore", *Baltimore Sun*, 29 noviembre 2011.

[14] Georg Packer, "The broken contract. Inequality and American decline", *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre 2011, pp. 20-31.

[15] Jacob S. Hacker & Paul Pierson, *Winner-Take-All Politics. How Washington made the Rich Rich- and turned its back on the middle class*, Nueva York, Simon and Schuster, 2010.

[16] Es el cuadro que define Mike Lofgren ("outsourced manufacturing, financialization of the economy and growing income disparity") en "Have the super-rich seceded from the United States", *Counterpunch*, 5 enero 2012.

[17] Paul Krugman, *Después de Bush*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 141-170.

[18] Hacker y Pierson, *Winner-take-all*, p. 3.

[19] Joseph Stiglitz, "Of the 1 %, by the 1 %, for the 1 %", *Vanity Fair*, mayo 2011.

[20] Paul Krugman, "Oligarchy, American style", *New York Times*, 3 noviembre 2011; un intento de matizar las diferencias dentro del 1 %, Shaila Dewan y Robert Gebeloff, "Among the wealthiest one percent, many variations", *New York Times*, 14 enero 2012.

[21] Chris Hedges, "The corporate state wins again", *Truthdig*, 15 abril 2011.

[22] Nancy A. Heizteg, "The year of the vote", *Critical Mass Progress*, 4 enero 2012; Ari Berman, "The gop war on voting", *The Rolling Stones*, 30 agosto 2011; Ryan J. Reilly, "Lawyer defending South Carolina's voter ID law thinks DOJ is biased against white people", *TPM*, 11 enero 2012.

[23] Elizabeth Drew, "Can we have a democratic election?", *New York Review of Books*, 23 febrero 2012.

[24] Timothy Noah, "Brooks Brothers Bolshevism: Wall Street discovers income inequality", *The New Republic*, 6 octubre 2011.

[25] Robert Reich, "Corporations don't need a tax cut, so why is Obama proposing one?", *Truthout*, 23 febrero 2012.

[26] Georg G. Szpiro, *Pricing the Future. Finance, Physics, and the 300 Years Journey to the Black-Scholes Equation*, Nueva York, Basic Books, 2011.

[27] Merijn Knibbe, "Some thoughts about the new Macro-economic Imbalances Procedure of the European Commission", *Real-world Economics Review blog*, 18 febrero 2012; Paul Krugman, "European fiscal zombies", *New York Times*, "The conscience of a liberal", 29 diciembre 2011.

[28] Steve Keen, "On the problems racing the World in 2012", *Real-world economics review blog*, 30 diciembre 2011.

[29] Richard C. Koo, "The world in balance sheet recession: causes, cure and politics", *Real-world economics review*, n.º 58, 2011, pp. 19-37.

[30] Entrevista con Claudi Pérez en *El País*, 12 noviembre 2011.

[31] Paul Krugman, "Pain without gain", *New York Times*, 19 febrero 2012.

[32] Paul Krugman, "Keynes' predictions proven spectacularly accurate", *New York Times*, 5 enero 2012.

[33] Paul Krugman, "America isn't a Corporation", *New York Times*, 12 enero 2012.

[34] Suzanne Daley, "Fiscal crisis takes toll on health of Greeks", *New York Times*, 26 diciembre 2011; Anthony Faiola, "In Greece, fears that austerity is killing the economy", *Washington Post*, 11 enero 2012.

[35] Chris Isidore, "CEO pay jumps 36.5 %", *CNN Money*, 15 diciembre 2011.

[36] Tom Brown, "Another face of the U.S. recession: homeless children", *Reuters*, 23 diciembre 2011.

[37] Bruce Judson, "The foreclosure crisis: a government in denial", *Truthout*, 16 enero 2012.

[38] "The glossy posse", *The Economist*, 15 octubre 2011, p. 59; *Público*, 3 enero 2012, p. 24.

[39] Robert Fisk, "Bankers ara the dictators of the West", *The Independent*, 10 diciembre 2011.

[40] "Europe's transition from social democracy to oligarchy", artículo publicado originalmente en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y reproducido en el blog de Hudson el 6 de diciembre de 2011.

[41] Publicado en *World Economics Association Newsletter*, 2, n.º 1, febrero 2012.

Fuente original:

["De què parlem, quan parlem de capitalisme?"](#), *L'Espill* (Universitat de València), n.º 41, otoño 2012, pp. 46-57. Basado en la conferencia ["El capitalisme, avui"](#) (Universitat d'Alacant, 14 marzo 2012).